

## NOTAS SOBRE LA ACTUALIDAD MUNDIAL

### EUROPA OCCIDENTAL Y ORIENTAL

#### *Ante la segunda vuelta de las elecciones presidenciales francesas*

De cara a una segunda vuelta de las elecciones presidenciales francesas, de fácil previsión, varias eran las enseñanzas a deducir. La primera fue que pese a sus afirmaciones, el general De Gaulle no puso término al régimen de los partidos. Alguno ha cambiado de nombre al escindirse, como el M. R. P. Otros casi han desaparecido, de puro vetustos, como el partido radical-socialista. En cambio, ha surgido uno nuevo: el gaullismo, que con Georges Pompidou deberá llamarse el neo-gaullismo. Tiene arraigo en el país y goza de sólidas estructuras en parte asentadas en los «notables», o sea los alcaldes, los miembros de los Consejos generales y los senadores, cuyo peso en la vida política francesa no por discreto es menos efectivo. La otra enseñanza interesante es el naufragio del socialismo no marxista de la II Internacional, la veterana S. F. I. O., que ha perdido posiciones a medida que sus filas se han ido nutriendo de elementos más duchos en estrategia parlamentaria que en la renovación de las estructuras socio-económicas del país. El 5,06 por 100 de votos en favor de Gaston Defferre equivalen a la partida de defunción de un partido con el que se enseñan los demás sectores izquierdistas, haciéndolo responsable de que la izquierda no haya presentado un candidato único, como en diciembre de 1965, lo cual es cierto. En aquella ocasión, Mitterand obtuvo en la primera vuelta el 31,72 por 100 de los sufragios. Contando con el malestar social que reflejó la huelga general de mayo de 1968 y con un candidato único, la izquierda confiaba en conquistar la Presidencia. Objetivamente, tal esperanza no parecía del todo justificada.

En efecto, otra de las enseñanzas del primer tiempo de estas elecciones fue que el electorado francés, en su clara mayoría, prefiere lo existente conocido, aun admitiendo sus fallos, antes que nuevas formas o reformas que suponen entrar en lo desconocido, aunque fuera excelente. Esta postura es exponente del sentir tanto de los electores de Georges Pompidou como de los de Alain Poher, candidatos que se asemejaban, aunque se enfrentaban y mutuamente se acusaron de «copiar» sus respectivos programas, de notable parecido. Lo que difiere es el estilo de cada uno de los hombres que pretendía aplicarlo. Es lo que hizo decir al comunista Jacques Duclos durante su campaña electoral que no cabía opción «entre la peste y el cólera», anticipando así la decisión de su partido frente a una segunda vuelta a base de esos dos candidatos: la abstención del electorado comunista que dio el 21,43 por 100 de los votos a su candidato. Es decir, que Jacques Duclos le pisaba los talones al titulado centrista



Alain Poher, que sólo obtuvo el 23,38 por 100 de los sufragios procedentes de puntos diversos del panorama político francés y no sólo del centro. El número de votos a favor del comunista es un dato revelador y a tener en cuenta. Muestra que, junto a la atomización de la izquierda francesa, el único partido unido y coherente es el comunista.

Por ello, en lucha con el 44,14 por 100 de los sufragios obtenidos por Pompidou, sin el apoyo comunista—políticamente aberrante—y con la sola aportación en la segunda vuelta de los votos socialistas, la decisión del Presidente interino no pudo calificarse de necia tozudez, aunque el fracaso era inevitable. De retirarse Alain Poher, Duclos hubiera sido candidato para la segunda vuelta. Aun agrupando a la izquierda, no constituía un peligro para Georges Pompidou, pero afianzaba la división de Francia en dos bloques: el gaullismo sin De Gaulle y la izquierda dominada por el comunismo. El resultado simplificaba el complejo problema de las divisiones francesas, pero la simplificación no es siempre la mejor solución en política.

#### *La política exterior del Presidente Pompidou*

El nuevo Presidente de la República francesa ha hecho ampliamente hincapié en que representa la continuidad, o sea, que su acceso al poder no modificaría los rumbos seguidos por la V República bajo la dirección del general De Gaulle. En este caso y a primera vista, tal quiere decir la palabra continuidad y nada más. Pero considerada atentamente resulta más ambigua. En efecto, la carretera continúa después de una curva cerrada y aunque el barco vire, continúa navegando. Así, en no desdeñable medida, la V República es una continuación de la IV, y Georges Pompidou continúa al general De Gaulle. Sugiere esta conclusión el nuevo ministerio francés presidido por Jacques Chaban-Delmas, reiteradamente ministro de la IV República y Presidente de la Asamblea Nacional con el general De Gaulle, y el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Maurice Schumann; destacado político de la IV República. De otra parte, este Gobierno ha vuelto a aplicar la sabia dosificación de tendencias y grupos que la III y IV República elevaron a la categoría de arte de gobernar con elementos heterogéneos. De ahí que junto a gaullistas como Michelet, Frey, Galley, Rey y otros, figuren en el Gobierno Chaban-Delmas independientes un tanto esquinados con el anterior Presidente, cual Giscard d'Estaing, famoso por su «sí, pero...», o pertenecientes a grupos centristas, que en su día estaban casi en la oposición, como Duhamel y Pleven, pero que han apoyado enérgicamente, sobre todo en la segunda vuelta electoral, la candidatura de Georges Pompidou frente a Poher, candidato de otro sector de un centro tan dividido como la izquierda no comunista. De suerte que si en algunos aspectos el nuevo Gobierno francés es garantía de auténtica continuidad, en otros sugiere un retorno a métodos y hábitos políticos repudiados por el general De Gaulle, que apuntan a una reconsideración de la línea política por él seguida, tanto en lo interior como en lo exterior. En aras del gran prestigio del dimitido Presidente, tal vez se califiquen los cambios que están a la vista de dinámica de la continuidad.

Apenas en marcha la nueva máquina política francesa, es prematuro señalar los objetivos que persigue la V República en el ámbito internacional bajo el mando de Georges Pompidou. Con todo, ya se vislumbra una flexibilidad contrapuesta a la tajante inflexibilidad del general De Gaulle en lo que atañe a Europa, aunque Francia no haya asistido a la reunión de la U. E. O. Respecto a la admisión de Gran Bretaña en el Mercado Común, París se limitará a invocar razones objetivas de orden económico para cerrarle la puerta, o sea, a decir «no» con la boca chica. El acercamiento franco-estadounidense, iniciado con el viaje a la capital francesa del Presidente Nixon, prosperará al interesarse Francia más que anteriormente por el papel a desempeñar en la Alianza Atlántica. Sin volver al seno de la O. T. A. N., en su forma actual, es de presumir que Francia abogará a favor de una reorganización de ese organismo para convertirlo en entidad militar europea distinta de los Estados Unidos, en la que el país vecino tenga su puesto, ello sin romper con la cooperación con el Este, camino desbrozado por el general De Gaulle y al que ahora no hace ascos el mundo occidental. Lo que ya puede afirmarse es que el Presidente Pompidou mostrará más sosegado amor a la independencia que el anterior y no sustentará tesis susceptibles de contristar a los portavoces del mundo occidental y a los grandes grupos de presión. Por ejemplo, en el problema del Oriente Medio y el embargo de aviones con destino a Israel, cuestión que ha declarado estar dispuesto a reconsiderar. Sería ésta la primera aplicación práctica de una proclamada continuidad, que más enlazaría con la IV República, el Gobierno Mollet y la aventura de Suez, que con la política de su antecesor.

#### *Hacia una política paneuropea de seguridad y cooperación*

Con independencia de los Gobiernos, aunque con su venia, y promovidos por diversos movimientos europeístas, se celebran desde hace unos años reuniones tendentes a sentar las bases de una política europea de seguridad y cooperación. Destaca entre ellas la celebrada en Bucarest a finales de junio con asistencia de un representante de España.

Pero la amplitud y diversidad de los movimientos europeístas no tienen la virtud de apartar los obstáculos que se alzan en el camino de una política que la declaración del Consejo del Pacto de Varsovia reunido en Budapest puso en órbita con carácter oficial. En primer término, porque el movimiento europeísta, activo de tiempo en el Oeste y más recientemente en el Este, lejos de constituir un frente unido en cuanto a principios, es una suma heterogénea de enfoques de la cuestión, si bien todos apuntan a un objetivo único: la seguridad y la cooperación, es decir, la paz. Por lo pronto, en el primer paso a dar para lograr tal objetivo, que sería una conferencia general europea en busca de soluciones concretas, surge una dificultad de bulto: la participación alemana, de esas dos Alemanias que son el máximo problema de Europa. Es el que condiciona las políticas exteriores de las naciones europeas y de las superpotencias y uno de los motivos de la constitución de dos bloques antagónicos, cada cual con su postura frente al mismo problema.

En efecto, para los países del bloque occidental, oficialmente y en términos generales, la reunificación de Alemania es condición previa de todo diálogo

encaminado a la seguridad y la cooperación europeas basadas en la estabilidad de la Europa Central. Para los países del Este, tal estabilidad sólo se logrará admitiendo la situación existente con sus consecuencias jurídicas, políticas y fronterizas. La propuesta del 17 de mayo pasado hecha por el Gobierno polaco a Bonn sobre un Tratado de paz separada con reconocimiento de la frontera Oder-Neisse se inserta en ese contexto. Las reservas de Bonn ante aquella propuesta dicen cuán difícil es tratar de seguridad y cooperación general sin previo acuerdo sobre una pieza tan fundamental de la máquina europea como es Alemania.

De otra parte, la búsqueda de la seguridad entre naciones europeas es una vieja aspiración. A través de la Sociedad de las Naciones, de Locarno, las «ententes» y diversos sistemas de alianzas ha desembocado en dos bloques político-militares: la Alianza Atlántica y el Pacto de Varsovia. El concepto de seguridad europea los elimina a ambos para sustituirlos con un nuevo sistema político y militar en el marco de nuevas relaciones de todo orden. Para ello, ¿hay que suprimir previa y simultáneamente las dos organizaciones, como se propuso en Budapest, o bien crear antes condiciones políticas y económicas tales que los bloques pierdan su razón de ser, como opinaba el general De Gaulle?

De hecho, el problema de la seguridad y cooperación entre países ideológicamente dispares, más que de métodos es de confianza mutua. La invasión de Checoslovaquia ha asestado un golpe a la confianza del Oeste en el Este. Tampoco el Este confía en el Oeste, según se desprende de los vituperios que el dirigente checo Usak dirigió al Oeste en su discurso de Ostrava del pasado día 3 de julio.

## EL ASIA ORIENTAL

### *La eurásica "tierra corazón"*

Según la tesis fundamental del Mackinder, el dominio de la Europa Oriental se produciría conjuntamente con el dominio de la llamada «tierra corazón», o sea, el compacto macizo que se extiende del Elba al río Amur. Más también, imperar en la «tierra corazón» lleva a conquistar la «Isla mundial», que comprende a Europa, Asia y Africa y, seguidamente, a convertirse en dueño del mundo. A raíz de la II Guerra Mundial, la U. R. S. S. había logrado gran parte de las condiciones geográficas previas para dominar el mundo. Es más, el triunfo del comunismo en China en 1949, de una China que parecía dispuesta a avanzar a las órdenes del mentor soviético, aseguraba el dominio de Asia, primera fase de la conquista de la «Isla mundial», es decir, de la Europa occidental y de Africa. Lo no previsto ni previsible por el afamado geopolítico fue el poder atómico de Norteamérica. Ese poder libró al mundo de una comprobación de la discutible teoría de Mackinder por la U. R. S. S., que no pasó del tanteo que fue la guerra fría de los años 50

Pero nada es estático en el mundo y menos las situaciones políticas. Actualmente, en lugar del conjunto estratégico socialista de Eurasia de hace dos décadas, nos hallamos ante una «tierra corazón» no sólo coartada para ejercer una acción expansiva, sino amenazada en su flanco oriental. Paradójicamente,

la amenaza procede del país que parecía facilitar a la U. R. S. S., el dominio de la «Isla mundial»: China.

Con sus 750 millones largos de habitantes y su actual ejército de cerca de tres millones, que le permite situar de 50 a 60 divisiones en los 7.000 kilómetros aproximadamente de frontera con la U. R. S. S., China entorpece el proceso de la expansión soviética, que su posterior potencia nuclear le hubiera permitido reanudar conforme al esquema de Mackinder, y trata además de demoler esa base operativa que es la «tierra corazón», al menos en cuanto respecta a sus límites con el Amur. Es evidente que la U. R. S. S. está dispuesta a defender esa «tierra corazón», que es condición previa de lo que estima ser su misión en el mundo: dominarlo.

Tal pregona toda su política actual, incluso la de apaciguamiento con los Estados Unidos. Fallado, salvo en la Mongolia exterior, el propósito de controlar la China del Norte, que comprende Manchuria, la Mongolia interior y Sinkiang, intenta en la actualidad apoyarse en las zonas periféricas, o línea exterior de la «tierra corazón», susceptibles de equilibrar la presión China. Y también de afianzarse en la Europa oriental. Persigue ese objetivo la doctrina de la soberanía limitada cuya primera aplicación práctica la sufrió Checoslovaquia. Finalmente, se esfuerza en convertir el Pacto de Varsovia, creado en función del Occidente, en instrumento defensivo frente a China. Porque China, aunque comunista, es enemiga de la U. R. S. S., ya que no de los países del Pacto de Varsovia. Lo es en la medida en que Mao Tse-Tung pretende borrar de su país los últimos vestigios del poder extranjero que lo humilló. La presencia soviética en áreas que en tiempos eran efectivamente chinas, donde están enclavadas las ciudades de Vladivostok, Jabarovsk o Komsomolsk, se le aparecen como una intolerable supervivencia del imperialismo de los zares, del que los soviéticos son herederos. Una vez más, el centro de gravedad de la política internacional del mundo está en Eurasia en razón del enfrentamiento de los dos grandes países comunistas. Lo cual demuestra que el socialismo—pese a las afirmaciones contrarias—no mantiene a los países a salvo de las manifestaciones tradicionales de la política de fuerza.

#### *La proyectada reunión de los países asiáticos*

Anticipándose al viaje que el Presidente Nixon proyecta realizar a finales de julio a Filipinas, Indonesia, Tailandia, India y Pakistán, la Unión Soviética ha invitado a los países asiáticos a celebrar una Conferencia de Seguridad para estudiar la mutua defensa contra el «imperialismo» chino. La iniciativa soviética no aparece exclusivamente como una parada tendente a protegerse de China en sus vulnerables fronteras de Asia. Es también una maniobra que resulta de la dialéctica de su lucha contra los Estados Unidos, singularmente en las áreas no incluidas de modo preciso en sus respectivas zonas de influencia, o sea, el llamado Tercer Mundo. Se trata, pues, de una acción que apunta a surtir efectos en dos frentes políticos: el chino y el norteamericano.

Según declaración de Leonid Brezhnev, tal proyecto de defensa colectiva uniría política y militarmente no sólo a los países comunistas de Asia, sino también a los no comunistas, es decir, los visitados por el Presidente Nixon,

con excepción de Vietnam del Sur, de difícil inclusión en uno u otro grupo. La apertura de esa Conferencia asiática de Seguridad está supeditada a la aceptación oficial de los países invitados.

No se conocen todavía las reacciones de todos los países convocados por la U. R. S. S., pero sí la posición ya adoptada por Pakistán, que es negativa. El Gobierno del general Yahya Jan estima que no puede siquiera considerar un acuerdo de índole político-militar en el que figure la India, mientras no esté debidamente resuelto el problema de Cachemira, pendiente desde que se proclamó la independencia de ambos países.

Esta agria respuesta dada a la U. R. S. S., activa mediadora del acuerdo de Tashkent que puso término a la catastrófica situación originada por el choque armado de septiembre de 1965 entre la India y Pakistán, se impone como una nota cuya discordancia mueve al escepticismo en cuanto al éxito final y total de una iniciativa soviética cuyo objetivo es tomar disposiciones en Asia en defensa y en provecho propios. En efecto, aparte de la disputa con la India, zanjada por un acuerdo que en realidad sólo es un alto el fuego, la postura adoptada por Pakistán muestra que pese al cambio de equipo dirigente pakistaní del pasado marzo, el país permanece fiel a la política de aproximación a China Popular iniciada por Ayub Jan, por estimar que China Popular es su más firme apoyo en sus reivindicaciones un tanto desatendidas por los Estados Unidos que, desde hace unos años, prestan singular atención a la India, en parte para contrarrestar la penetración soviética.

El hecho de que Pakistán se muestre esquivo frente a la propuesta soviética para hacer frente al expansionismo chino en Asia, es significativo. Evidencia, de una parte, que la paz tenazmente buscada por los Estados Unidos en Vietnam incita a la U. R. S. S. a explotar la nueva situación, que está a la vista, para mejorar sus posiciones diplomáticas en el Continente asiático. De otra, sugiere que, aún en el caso de una efectiva retirada norteamericana del Sudeste asiático, la U. R. S. S. tropezaría con sensibles dificultades para llevar a cabo la maniobra de vincular con acuerdos militares a los países asiáticos con miras, en primer término, a encajonar a la China Popular en un sistema de defensa colectiva.

## EL CERCANO ORIENTE

### *Las guerrillas palestinas*

Contadas veces Israel informa que las actividades de las organizaciones de liberación de Palestina producen bajas en sus fuerzas armadas, daños en su dispositivo militar o destrucciones de su material bélico. Así aparece que el Ejército israelí está a salvo de una acción que solo es criminal y vana empresa. Pero recientes declaraciones del Ministro de Asuntos Exteriores de Israel sobre la preocupación que le causan los guerrilleros, evidencian que esas partidas no son del todo inoperantes. «La U. R. S. S. se acerca a ellos», dijo alarmado Abba Eban. Es decir, que el interés soviético por la guerrilla palestina impone a Israel reconocer su realidad.

Sorprende que lo mismo Tel-Aviv que Moscú hayan tardado tanto en con-

ceder la importancia que tiene a ese factor del Oriente Medio que es la guerrilla, no por carente de personalidad jurídica menos fundamental, como sucediera con el F. L. N. argelino. Más avispada, China Popular se ha percatado desde hace tiempo del partido a sacar del patriotismo y la desesperación de las masas de refugiados palestinos. Y como medio de implantar su influencia en el Oriente Medio y de desplazar a la U. R. S. S., ha apoyado el movimiento guerrillero en general y armado e instruido a ciertas organizaciones en particular. A un tiempo, al maoísmo se ha introducido en los partidos comunistas árabes, donde ya se registran tensiones entre tendencias antagónicas. Tampoco ha descuidado la infiltración en países nada revolucionarios, como Arabia Saudita, ello al socaire de intercambios comerciales que, con este país, se han incrementado notablemente durante el año 1968.

En cambio, las reservas de la U. R. S. S. frente al bullir del movimiento guerrillero, contrapuestas a la decidida ayuda prestada a los Estados árabes, está en la línea del zigzag de la acción comunista en el mundo árabe, iniciada en el Congreso de Bakú de 1920. En él Zinoviev denunció «el capitalismo anglojudío» en Palestina e invitó a los árabes a la guerra santa. Sólo había tres árabes en ese Congreso: la guerra no pudo ser cruenta.

Posteriormente, en los diversos países árabes, fueron surgiendo partidos comunistas, más bien constituidos por estudiantes, luego minoritarios. Se vieron zarandeados por incontables vicisitudes de todo orden y también por los cambios tácticos de Moscú, entre los cuales figura el apresurado reconocimiento del Estado de Israel en 1948. Cabe decir que en el Oriente Medio, la U. R. S. S. ha optado por la coexistencia con los equipos en el poder, prescindiendo de consideraciones ideológicas. Es una postura política. No es revolucionaria. De ahí que en el actual conflicto comparta el punto de vista de los Gobiernos árabes y no el de las organizaciones guerrilleras, distinto del sustentado por los gobernantes.

Pero la creciente influencia maoísta impone una reconsideración. Alentados por China, los guerrilleros pueden ser un obstáculo para lograr la solución de un problema que la U. R. S. S. tiene a la puerta de su casa y que le impide el uso del Canal de Suez, de capital importancia para acortar distancias entre el Mar Negro y el Océano Índico y el Mar de China. Ignorar a los guerrilleros y su arraigo en las masas populares árabes, es además arriesgarse a la sorpresa de movimientos subversivos susceptibles de alterar el orden político mediorientista, favorable a la U. R. S. S. Y como es de sabios rectificar, la U. R. S. S. rectifica, acosada a la sapiencia por las «hormigas azules» que, desde Pekín, laboran activamente en el Medio Oriente.

## LAS POSIBLES NUEVAS POTENCIAS ATOMICAS

### *Unión India e Israel*

Los incidentes registrados a mediados de julio en la frontera entre India y China Popular se agregan a una larga serie de incidentes iniciados en 1956. En 1962 tuvieron claro cariz de invasión. Los chinos llegaron hasta los llanos del Estado de Assam y ocuparon 30.000 kilómetros cuadrados de suelo indio, que

prácticamente se han anexionado. Tal superficie sólo es parte de la reivindicación formulada por Pekín en 1954 de 90.000 kilómetros cuadrados de territorio indio, más la región de Ladaj, al pie de la meseta del Tíbet, como consecuencia del no reconocimiento de la línea fronteriza MacMahon, equiparada a los «tratados desiguales» suscritos por China y la Rusia zarista.

La contumaz agresividad de China, única potencia nuclear asiática, sumada a la persistente tensión con Pakistán y a la infiltración ideológica maoísta en una nación dividida racial, lingüística y religiosamente como la India, puso al Gobierno de Nueva Delhi en un brete a la hora de firmar el tratado de no proliferación de armas nucleares del pasado año. Y no lo firmó, aunque en tiempos el Presidente Nehru se negara a considerar siquiera la eventualidad del armamento nuclear para su país. Con todo, en el marco del Plan de Colombo, aceptó la oferta de Canadá de construir en la India un reactor con fines pacíficos. En cambio, no consintió ningún control extranjero de ese reactor, por estimar que la medida era «colonialista». Tras largas deliberaciones, los canadienses se dieron por satisfechos con la promesa india de utilización exclusiva con fines pacíficos de un reactor que produce plutonio como para fabricar un par de bombas atómicas al año. Como quiera que la India posee uranio y que los procedimientos fundamentales de fabricación de la bomba atómica son conocidos, cabe decir que ese país no tropieza en principio con dificultades capitales para convertirse en potencia nuclear.

De otra parte, si bien la India firmó el Tratado de prohibición parcial de pruebas nucleares, anterior a la primera explosión atómica china, no es signataria del Tratado de no proliferación de armas nucleares de 1968. Por ello, a salvo de toda inspección y bajo la presión de la amenaza china, la India puede establecer las instalaciones atómicas que le permita su capacidad económica e incrementar sus reservas de plutonio. Tal no supone siquiera escarnecer el Tratado de no proliferación, uno de cuyos objetivos es multiplicar las instalaciones atómicas para usos pacíficos. Ahora bien: sólo la decisión de los gobernantes impide que estas instalaciones se dediquen a fines bélicos, pues no se diferencia entre sí.

En situación semejante a la existente en la India está Israel: tampoco ha firmado el Tratado de no proliferación de armas nucleares y posee un reactor. Ambos países plantean, pues, un problema particular que, andando el tiempo, puede convertirse en general debido a la multiplicación de instalaciones atómicas para usos pacíficos que, de hecho, estarían en condiciones de permitir que este o aquel país hiciera frente a una agresión real o supuesta con sus propios medios nucleares, cuando no dirimir sus querellas con un vecino no nuclear. Es decir, que por el atajo del uso pacífico del átomo sigue la carrera nuclear, esta vez a escala mundial.

LIUDPRANDO